

HACIA UNA COMPRESION DE LOS PLANOS SIGNIFICATIVOS DE *CORONACION*, DE JOSE DONOSO.

Maria Antonia Zandanel de González.

Una de las notas dominantes de esta novela de Donoso está dada por el juego permanente entre realidad y apariencia, nota que por sí sola no serviría para singularizarla, si esta dualidad no estuviera al servicio de toda una concepción que, más allá de sus efectos puramente narrativos, apunta a desarrollar una visión de la vida y del mundo que tiene connotaciones de carácter metafísico. Queremos decir con esto, que realidad y ficción se articulan para contestar en Donoso al interrogante sobre el ser mismo de las cosas, y, a partir de ellas, sobre el sentido de la existencia.

Seguramente no son ajenas a esta concepción las influencias que el autor confiesa haber recibido a lo largo de su carrera. En una importante y esclarecedora entrevista realizada por George McMurray, reconoce las influencias de "Henry James, por su estilo, experimentación con el punto de vista y algunos de sus temas; Proust, por su estilo y las identidades cambiantes de sus personajes; Sartre, por su filosofía existencialista y su psicología; Kafka, por su fantasía y el uso del absurdo; Virginia Woolf, por su estilo, técnicas, creación de modos y por sus personajes juveniles; Faulkner, por su libertad de métodos y técnicas; Sábato y Fuentes, por su libertad de métodos y estructuras irracionales; Céline, por su sentido del horror y del

grotesco; el surrealismo, por su acento en lo improbable y en lo imposible".¹

Casi sería superfluo decir que todos estos elementos e influencias no quitan originalidad ni unidad al estilo del escritor chileno, pero hemos querido señalarlos sobre todo por su peso en la concepción del mundo donosiano, en particular en su concepción de la existencia, que a partir de hechos aparentemente triviales o intrascendentes, se van encadenando en una coherente secuencia, para dar ese fruto ácido, atípico y por momentos desconcertante, característicos de su visión del mundo y de su producción novelesca. *El obsceno pájaro de la noche*, con la destrucción de los planos espacio-temporales, la degradación de los personajes y la destrucción de la propia materia narrativa, nos revelan acabadamente este mundo; *Coronación*, la obra de la que nos ocupamos, nos muestra en germen sus componentes principales.

Por encima de la materia estrictamente narrativa, nuestra preocupación principal, en el caso que nos ocupa, es poder demostrar que en Donoso existe una concepción de la realidad que sostiene y da sentido a todo su material narrativo, y que esta concepción no es más que la consecuencia, congruente, lógica, extrema, de una serie de supuestos llevados con absoluta coherencia hasta sus consecuencias finales. El modo de vida, las preocupaciones, las obsesiones de sus personajes, no son simplemente caracteres que los identifican y los individualizan. Las preocupaciones, obsesiones y devaneos en que se mueven algunos de ellos, son la expresión más superficial, y por lo tanto más evidente, de las preocupaciones y obsesiones confesadas por el propio autor. Pero detrás de ellas, y como disparadas en una secuencia absolutamente lógica, aparece el verdadero sustrato de la realidad, una realidad que se desvanece en el caos, en la nada, en la locura, en la muerte.

En un primer intento por aislar los temas más significativos, analizaremos dos constantes que se presentan con llamativa frecuencia en *Coronación*, y que caracterizan la vida de Andrés, uno de sus personajes principales: la banalidad de la existencia y la preocupación por el orden, haciendo la salvedad de que no intentaremos agotar toda la riqueza expresiva de la obra, en mérito a una mayor profundidad en el análisis que nos hemos propuesto.

En el afán de ubicarnos en el contexto de la obra, podemos afirmar, siguiendo la tesis de Cedomil Goic,² que la novela presen-

¹ George MCMURRAY. "Interview with José Donoso". En *Hispania*, vol. 58, n^o 2. Kansas. U.S.A., Wichita State University, Mayo 1975. p. 391-393. p. 393.

² Cedomil GOIC. *La novela chilena. Los mitos degradados*. 4. ed. Santiago, Editorial Universitaria, 1976. p. 170.

ta tres historias que se complementan y se iluminan unas a otras. La primera, que Goic llama "la existencia de la locura", narra la historia de la nonagenaria Elisita Grey de Abalos; la segunda, la de "la existencia inauténtica", refiere la historia de Andrés, el nieto de misia Elisita; y la tercera, la de "la existencia inocente", cuenta la relación amorosa entre Mario y Estela.

a) *Orden y banalidad*: La existencia inauténtica de Andrés, en la superficie la vida de un hombre mediocre, que ha eludido todas las responsabilidades importantes de su vida, es en realidad el resultado de una vida cerrada en la inmanencia. El personaje, en su afán por eludir los riesgos de una existencia auténtica, oculta tras esa actitud el cuestionamiento de los fundamentos de la existencia. El cómodo refugio que encuentra en su soltería solitaria, en la frecuentación del Club, la lectura de sus libros de historia francesa, sin otro motivo que el de reunir anécdotas y misceláneas, su colección de bastones, su inclinación por el orden, conforman la frágil estructura de un mundo que comienza a tornarse hostil cuando la locura de misia Elisita, el amor por Estela y el presentimiento de la muerte de su abuela, lo obligan a repasar el contenido de su existencia y el sentido de la vida.

En apariencia Andrés es un hombre que tiene toda su vida resuelta, en realidad sus soluciones son sólo apariencia que ocultan la ausencia de un sentido trascendente de la vida. Abandonado en su infancia el sentido religioso, actitud escéptica asumida luego en su juventud con calculado racionalismo, su vida transcurre en los límites de una pura inmanencia que es aceptación callada y conforme del orden establecido y de las preferencias intrascendentes que su ánimo apocado le dicta. La pérdida del sentido religioso lo priva del sentido último de las cosas y es, a nuestro entender, la clave que explica el drama de su vida y el marco estrecho que cierra todas sus posibles respuestas. Si el hombre no posee una dimensión trascendente de la vida, deberá buscar algún sucedáneo capaz de orientar su existencia, eludir las preguntas por el sentido de la vida o cerrarse en el sin sentido y el absurdo.

b) *El sentido del orden*: La aceptación del orden por el orden mismo, cuando éste no remite a un principio ordenador, que tiene validez y sentido en sí mismo, no es otra cosa que el cómodo refugio de las cosas conocidas y por ende previsibles, ausentes de cuestionamientos y que transmiten la falsa seguridad de lo cotidiano. El orden aparece así como elemento disipador del caos, capaz de establecer una relación firme con todas las dimensiones de la existencia. Pero este orden es válido sólo cuando establece arraigo en lo más profundo de las cosas. Por el contrario, sólo implica la aceptación superficial y resignada de las cosas por las cosas mismas, es de-

cir, una tenue barrera que separa el orden aparente del caos real. La existencia puede transitar por estas dos dimensiones básicas, y así, frente a una existencia auténtica, instalada en la plenitud de un orden que más que límite es sentido, encontramos la existencia inauténtica sujeta a un falso orden que clausura el sentido de las cosas al referirlas a su propia inmanencia, sin otro principio ordenador que la repetición mecánica de lo ya conocido.

La vida de Andrés, sujeta a este sentido del orden, es la más clara expresión de una existencia inauténtica. Su ritual de coleccionar bastones, sólo diez, siempre diez, es una muestra significativa de su necesidad de sujetarse a un límite, límite tan absurdo y frágil como el de ese número impuesto como un rito ordenador. La realidad caótica de lo cotidiano se amansa, se doblega, se disipa, frente a esa ordenada trivialidad. Para reencontrar el orden sólo hace falta refugiarse en lo conocido: su exigua colección de magníficos bastones, la pulcritud y el orden acogedor de su departamento. El resto de sus impulsos vitales encuentran cálida aquiescencia en los pequeños placeres que mesuradamente se permite: las charlas con sus contertulios en el club, la buena mesa preparada con esmero por las sirvientas de su abuela, la lectura de sus libros de historia francesa y, finalmente, las charlas con su único amigo, Carlos, que en definitiva lo es porque ha sido siempre amigo de la familia. Toda su personalidad está templada en la aceptación pasiva de un orden establecido al que se acomoda ahorrando todo tipo de esfuerzo. Aun su profesión de abogado, que nunca habría de ejercer, le viene dada por la tradición familiar.

Este apaciguamiento deliberado y consciente de sus impulsos vitales, no es sin embargo la aceptación hipócrita de quien posee una situación personal regalada y se dedica simplemente a administrarla con calculada holganza; no es la mera aceptación de quien descrea del valor de las cosas mundanas pero se dedica sin más miramientos a gozarse en ellas; más bien se nos aparece como la necesidad de encontrar un refugio seguro frente a los cuestionamientos inquietantes que la vida encierra. Es la necesidad de alejar el vértigo que se esconde detrás del sin sentido de las cosas banales. El sueño perturbador del puente de la vida quebrado por el vacío, que acosa al personaje, esconde la presencia de un interrogante deliberadamente eludido, que habrá de salir al paso de la vida de Andrés haciendo pedazos su cómodo refugio, el orden trivial en el que obstinadamente se encierra.

c) *La presencia de la locura*: El plácido mundo de nuestro personaje presenta una fisura inquietante que estremece con fuerza creciente su existencia anodina, pero que representa a la vez la única posibilidad de entrar en contacto con la vida misma: la locura de su

abuela incorpora el ingrediente de desasosiego capaz de sacudir sus impulsos vitales.

La locura a la postre premonitoria de la anciana oscila entre un pasado de esplendor y orden de la casa y un presente de decadencia y abandono, entre una afabilidad cordial y las inmundicias obscenas que la enferma profiere, entre su lucidez cargada de buenos modales y su desvarío que, sin embargo, desnuda cruelmente la realidad. Por boca de su abuela, Andrés se asoma a la vacuidad de su vida, al destino todavía ignorado de Estela, pero, sobre todo, a la muerte y al amor.

La presencia de la muerte en la decrepitud y en el lenguaje de misia Elisita, obliga a Andrés a enfrentarse con la nada, esa sensación casi física de la cual su impecable disfraz de caballero no ha sido nada más que una cómoda o desesperada evasión. El orden tan cuidadosamente construido y que le ha permitido esquivar toda reflexión sobre la muerte, que es en definitiva la que configura el sentido de la existencia humana al plantear perentoriamente su término y sentido, caerá hecho pedazos ante la apelación de la loca y ya no volverá a recuperarlo. De nada le valdrá haberla esquivado con su vida fatua y sin compromisos, con su negación de lo trascendente, su evasión de todo compromiso vital, su afán por "entretenerse" con la frecuentación de la filosofía, la literatura y la poesía; tampoco con la invención de ese mundo ficticio, Omsk, de seres anodinos e insustanciales, tan iguales a él.

Negado el sentido religioso, reducida la existencia de Dios al absurdo, toda la creación carece de sentido. La vida aparece como un fugaz destello en el rodar de la materia, y la muerte, su límite y acotación. En realidad, el orden de Andrés Abalos ha intentado ser el mero remedo de un rito, un rito destinado a abolir el tiempo y el espacio. La muerte, al devolverle la inmediatez, la urgencia de estas dimensiones, lo precipitará en aquello que más teme: la nada que espera detrás de la muerte. De allí que su angustia, su terror sin límites, no sea solamente el miedo a la desaparición física sino, sobre todo, a la nada. De allí también su desesperación por reencontrarse con el orden, su angustia por descubrir que toda su vida podada de impulsos y necesidades, además de no librarlo de la nada, lo enfrenta a ella, solo y sin haber vivido.

d) *La fuerza del Eros*: La locura de la anciana habrá de descubrir otra fuerza perturbadora en esa vida ya desquiciada por la presencia de la muerte. El amor, amor tardío y hasta absurdo de Andrés por Estela, vendrá nuevamente a cuestionar esa vida hecha para la evasión y la falta de compromiso.

A pesar de su sensualidad deformada y enferma, el personaje descubre el amor, o mejor, la ausencia de amor en su vida, su radical

e insana soledad. El, hecho para sí mismo en función de su propio equilibrio emocional y vital, necesita ahora quebrar ese equilibrio. El orden ya no es más refugio seguro sino límite opresor, y aquello que lo ha quebrado, el amor, lo único capaz de hacerlo sentir vivo, de devolverlo a la dimensión humana de sus semejantes. Surge de pronto la necesidad de entusiasmarse; admira y comprende el apasionamiento por las cosas triviales y sencillas que antes había despreciado en los otros. Romper el orden autoimpuesto, alterar el equilibrio tantas veces buscado, es ahora abrir paso a una vida muerta que quiere resucitar impulsada por el amor. Quebrar el límite aumentando su colección de bastones, abandonar el refugio ordenado de su departamento, se convierte de pronto en el símbolo de una apertura a la vida que el amor no correspondido terminará por clausurar definitivamente. Y la frustración de ese amor que lo renueva, lo sumerge en la urgencia de preguntarse entonces por el sentido de la existencia, por el de su propia existencia en particular. Acosado por el terror de concebir la vida como esencialmente finita, acude a su único amigo, Carlos, para confirmar en un diálogo revelador, y descubrir, desesperanzado, que la vida se reduce al solo transcurrir. Dios no existe, y los sucedáneos inventados por la filosofía y la religión son meros consuelos para sustraer al hombre del terror de la nada, y el amor, la única pasión capaz de darle un soplo de vida. Si Dios no existe, y el amor ya no es posible, la consecuencia es inevitable: la nada con su presencia ominosa lo cercará en la angustia de una existencia sin sentido.

No es casual que la presencia del amor y de la muerte lleven a preguntarse por el sentido último de las cosas. Joseph Pieper, en una rica meditación sobre la experiencia del filosofar, afirma:

“Para quien no se cierra herméticamente a esta experiencia [la de la muerte], pierde de un momento a otro su apremio el empeño por procurarse lo necesario para la vida (en sentido amplio). Se le hace, en cambio, apremiante, sin darse cuenta, la pregunta relativa al todo, la pregunta filosófica por la verdadera condición de la vida en general. [. . .]

En todo caso, el que filosofa tiene esto en común con el que ha sido afectado por la experiencia de la muerte y con el que ha sido sacudido por el eros: tampoco él se inserta sin discusión en el engranaje de la rutina de la vida de trabajo; no se amolda a este mundo; ve las cosas de otra manera que el que está absorbido ante todo por el logro de objetivos prácticos”.³

3 Josef PIEPER. *Defensa de la filosofía*. 4. ed. Barcelona, Herder, 1979. . p. 28-29.

e) *Un sentido de la existencia*: El periplo seguido por Andrés desde su aparente equilibrio hasta un descalabro que podríamos llamar "metafísico" de su vida, nos muestra la intención del autor de ahondar en el sustrato de la realidad con una coherencia que quisiéramos calificar de implacable. No parece haber refugio para quienes están aferrados a la realidad temporal, conscientes de que al final los espera la nada. La idea de la muerte primero y la realidad del amor después, han asomado a nuestro personaje a esa perspectiva de la desintegración total. Es cierto que se trata de un personaje ensimismado, cerrado casi por completo a toda posibilidad de proyección, pero en modo alguno carente de sensibilidad para descubrir su propia negación. La dimensión de la angustia, su experiencia de la contingencia y finitud del humano existir, el compromiso, la soledad, el estar instalado en el mundo enfrentado a la muerte, la nada y la inseguridad radical de la existencia, el fluir permanente de las cosas en el que el yo se afirma o se pierde, suponen una vinculación innegable con las preocupaciones más salientes de la filosofía existencial.⁴

Sólo que aquí Andrés, cerrado en la inmanencia de las cosas, en lugar de la afirmación de los valores del humano existir, a partir de la angustia, se precipita en la nada al mejor modo sartreano.

La aceptación de la locura a la que el personaje se aferra para escapar de la nada, es una nueva forma de evasión. La locura es el estado normal de las cosas y la única posibilidad de convivir con la realidad. El amor, que aparece como el único atisbo salvador, ofrece una esperanza incierta y débil si consideramos las escasas posibilidades que Donoso le asigna para enaltecer la vida de sus personajes.

Si la aceptación de la realidad conduce a la nada y la locura aparece como alternativa de esta aceptación, cuando el amor quede sumergido en las oscuridades de la carne, cualquier desvarío será posible y ya no habrá ninguna luz capaz de penetrar la existencia de los hombres. *El obsceno pájaro de la noche* no sólo será una posibilidad sino su consecuencia previsible.

4 Vid. Teófilo URDANOZ, O. P. "Heidegger y el existencialismo". En *Historia de la Filosofía*. Madrid, B. A. C., 1978. p. 501 y ss.